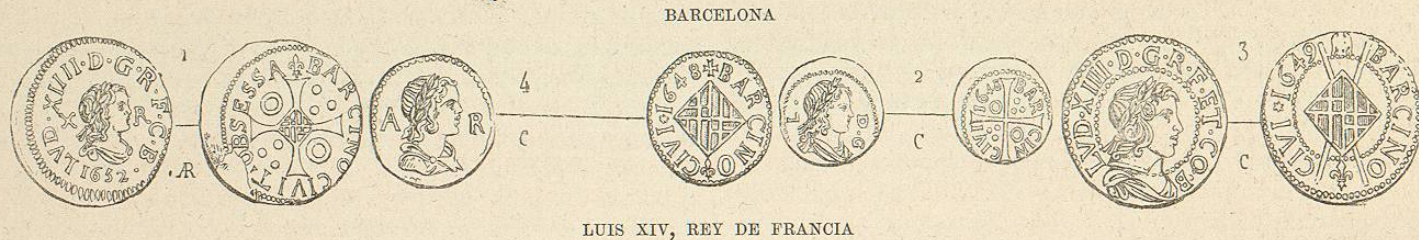


Tuvo, sin embargo, que ordenar Mazarino al conde de la Motte Houdencourt, aquel que años antes había sido separado del mando de las tropas francesas de Cataluña, que desde el Rosellon acudiese con cuatro mil infantes y dos mil quinientos caballos en socorro de los de Barcelona (1652). Este general, despues de andar algunos días amagando á un punto y á otro, logró una noche abrirse paso por el centro del llano con tres regimientos y algunos escuadrones. La entrada de la Motte en Barcelona infundió mas y mas aliento á Margarit, y juntos hicieron varias salidas contra los reductos y cuarteles de los nuestros, tomándolos á veces, pero recobrándolos luego los de Mortara, y pasándose en estos combates bastante tiempo.

Pero ya la penuria y el hambre se hacian sentir en la ciudad. Una flota que llevaba bastimentos, al encontrarse con las naves que llamaban los barcos longos de don Juan de Austria, tuvo por bien retroceder. Por tierra intentaron un día los almogavares de la montaña introducir un convoy de viveres, de acuerdo con los de la ciudad, que salían á recibirlos. Batiéronse aquellos feroces montañeses con su acostumbrado brio, y fué menester emplear una gran parte del ejército para poderlos rechazar. Con esto el hambre fué acosando á los de dentro, en términos que ni soldados ni vecinos podían vivir (1). Y aun resistían aquellos hombres tenaces y duros los ataques que á los muros y á las puertas daba el de Mortara.



LUIS XIV, REY DE FRANCIA

cesidades tuvo que pedir el mariscal francés las alhajas de los templos y hasta el oro y la plata de los relicarios. Hubo sobre esto una junta de veintidos teólogos, de los cuales veinte votaron en favor de la petición. Llevado el asunto al cabildo, á pesar de los esfuerzos del doctor Peralta, el arcediano de Santa María y otros dos canónigos protestaron contra la medida. Por último, despues de muchas contestaciones y disgustos, juntóse un sínodo, en el cual llegó á prevalecer la opinión de la entrega, «con calidad que la ciudad se obligase á restituirla en tres años en la misma forma, cantidad y calidad que se entregase y sin gasto alguno de la iglesia.» Hizose pues moneda de la plata sagrada, con la leyenda: *Barcino civitas obsessa*: y el mariscal la empleó en pagar las tropas y en comprar espadas á los soldados (2).

Por último forzados del hambre, mas que del cansancio ó del desánimo, á los quince meses de sitio pidieron los barceloneses capitulación. Concedióseles con condiciones honrosas para la guarnición y con una amnistia general para todos los catalanes, á excepcion de Margarit, que huyó clandestinamente, y ofreciendo conservar á Cataluña sus constituciones

con urgencia socorro: todo lo cual cuenta extensivamente el citado autor en los tres primeros libros de su obra, y parte del cuarto.

(1) La cuartera de trigo se vendía á cuatrocientas libras, 4,266 reales vellón; la carga de vino comun á seiscientas libras, 6,400 reales; á este respecto todos los demás artículos; comíanse los animales mas inmundos, y hubiera llegado á mayor extremo el hambre sin el recurso de un pescado llamado *amploya*, que se cogía al pié de los muros de la ciudad.—Feliu de la Peña, *Anales de Cataluña*.—Este historiador, que tantas inexactitudes sembró en sus *Anales*, está generalmente exacto en los pormenores que da de este sitio.

(2) Los objetos que se entregaron fueron catorce lámparas mayores del templo de Santa Eulalia; otras veintiocho menores de alrededor de la capilla; cinco de la capilla de San Olegario; tres de la del Santísimo Sacramento; y una que ardía á las reliquias; seis candelabros grandes y cuatro menores: se despojó la catedral y otras iglesias, pero algunas, como la de Santa María del Mar, lo resistieron. Se juntó el valor de 38,000 escudos de plata.—Bremundán: *Hechos de don Juan de Austria en Cataluña*, lib. VII.—Además muchos vecinos ofrecieron sus vajillas, y los autoridades empeñaron sus bienes.

En tanto que de una y otra parte se daban recios ataques á los fuertes de Monjuich, San Ferriol, Santa Madrona, San Juan de los Reyes, San Bernardo, Santa Isabel y otros, y que mutuamente solían tomarse y recobrarse, y se volaban barriles de pólvora, y reventaban minas con horrible estruendo, y estrago, y nuestra caballería talaba las mieses del contorno, y que al campo español llegaban refuerzos por tierra y por mar, los sitiados aguardaban en vano de Holanda, de Provenza, de Francia, y de los somatenes de la montaña. Balaguer volvía á la obediencia de su legítimo soberano; los excesos de los franceses en Vich inflamaban de ira los corazones de los habitantes de la comarca, y unidos con los de Manresa, donde residia la diputacion, acordaron todos someterse al rey de España y prestarle homenaje en la persona de su hijo don Juan. Infuctuosamente despachaban los de Barcelona emisarios á Francia y á Portugal para ver de interesar las cortes de ambos reinos, y que les dieran prontos socorros. Ni La Ferriere, ni don José de Pinós, ni ninguno de los enviados traía respuesta que pudiera satisfacer á los apurados barceloneses. Suscitábase, como acontece siempre en tales casos, discordias entre la Motte, Margarit, Dardena y los demás que mandaban las armas en la ciudad, y amotinábanse contra Dardena los miqueletes, y aumentábase dentro cada día mas la confusion.

La escasez de moneda que se experimentaba hizo duplicar el valor de cada pieza, y para acudir á las mas urgentes ne-

ceros (3). Rindióse, pues, Barcelona, y se sometió de nuevo al rey Felipe IV (octubre, 1652), con satisfaccion general de los catalanes, que al cabo de tantos años de cruda guerra deseaban ya con harta razon la paz. Y tanto mas se celebró este suceso en Cataluña, cuanto que el rey concedió al Principado sus antiguos privilegios, partido que no habrían podido prometerse despues de tan larga y tenaz rebelion. Con esto todo fué fiestas y alegría, y como era de esperar, muchos lugares, como los del llano de Vich, vinieron espontáneamente á la obediencia del gobierno español. La diputacion misma congregó los brazos en Manresa, y todos de acuerdo ofrecieron al rey aquella villa, con Cardona, Solsona y otros lugares. Alguno hubo que rendir todavia por la fuerza. Pero pudo ya decirse que Cataluña habia vuelto á pertenecer á España. Ganó el marqués de Mortara con este suceso la estimacion y gratitud de todos los españoles (4).

Parecia que con esto debería haberse dado por terminada la guerra de Cataluña. Y no solo esto, sino que aquellos naturales, con la decision que acostumbran en todas sus resoluciones, expusieron al rey que con tal que les diese tropas de caballeria ellos solos bastaban para recobrar el Rosellon, cuyos habitantes deseaban tambien librarse de la dominacion francesa y volver á la obediencia de España. Desgraciadamente ni la guerra se concluyó, ni el rey Felipe y sus ministros aten-

(3) Edicto de don Juan de Austria en el campo de Barcelona á 14 de octubre de 1652, copiado por Tio.—Bremundán: *Historia de los hechos del príncipe don Juan*, lib. X. Allí pueden verse los pormenores de todo lo que precedió y siguió á la capitulación: la salida de un trompeta de la Motte para tratar de la rendición de la plaza; la de los diputados de la ciudad y del mar; el recibimiento que se les hizo; los reparos de don Juan de Austria á las cartas del mariscal y de Jaime Cortada; la salida del conserler en cap á rendir homenaje al príncipe; las seguridades que dió don Juan del cumplimiento de los puntos que se concedían; las órdenes á los gobernadores de Tarragona, Lérida y Tortosa para el canje de prisioneros, y por último, los despachos de don Juan de Austria al rey su padre dándole parte de estos sucesos.

(4) Aquí termina Fabro Bremundán su minuciosa historia sobre este período de la guerra de Cataluña, y acaba tambien Tio su continuacion de la de Melo.

dieron la proposicion de los catalanes. Antes lo que hicieron fué destinar á Portugal muchas de las tropas de aquel ejército, y relevar del vireinato al marqués de Mortara, el único que habia dado resultados felices, y conferirle á don Juan de Austria. Los franceses, aunque convencidos de que no podían aspirar ya á la posesion de Cataluña, tenían interés en conservar el Rosellon, y en entretener nuestras fuerzas en el Principado. Y lo que fué peor, aquel Margarit, con otros caudillos de la rebelion catalana, como Dardena, Aux, Segarra y algunos mas, con una obstinacion ya indisculpable, y siendo no ya solo rebeldes á España sino traidores á su propio país, prestaronse á ayudar á los franceses, si es que no los concitaron, y en julio siguiente (1653) se vió entrar en Cataluña por el Portús al mariscal francés Hocquincourt en union con don José Margarit al frente de catorce mil infantes y cuatro mil caballos, creyendo que todo el país se iba á levantar de nuevo por ellos. Y aunque le salieron sus cálculos fallidos, porque solo se le adhirieron los forajidos, bandoleros y gente perdida, poniéndose por el contrario á las órdenes de don Juan de Austria tercios enteros de los que antes habian defendido á Barcelona, con todo lograron hacerse dueños de Castellon de Ampurias y de Figueras, y pusieron sitio á Gerona.

Guarnicion y habitantes, hombres y mujeres, todos se defendieron con heroismo por mas de setenta días contra el francés. Su resistencia dió lugar á que don Juan de Austria acudiese á su socorro con un trozo de ejército, formado ya en su mayor parte de catalanes, y dándose oportunamente la mano los de dentro y los de fuera, obligaron al enemigo á levantar el cerco con alguna pérdida. Ripoll, San Feliu y algunos otros lugares volvieron al dominio de la Francia, que fué todo lo que en esta campaña pudo hacer Hocquincourt, llamado luego á Flandes, donde le hemos visto despues adherirse al partido de los príncipes franceses, y pelear como aliado de las banderas españolas.

Sucedió á Hocquincourt en Cataluña el príncipe de Conti, hermano del de Condé, trayendo consigo alguna mas gente de aquel reino (1). Hallábase este general sobre Puigcerdá (julio, 1654), y para distraerle puso cerco don Juan de Austria á Rosas. Allá acudió en efecto el príncipe francés, y aunque las partidas de catalanes que ya se apostaban á los lados de los caminos le destruyeron buena parte de su gente, todavia le quedó bastante para hacer al de Austria retirarse levantando el cerco de Rosas. Volvieron los franceses mas libres y desembarazados sobre Puigcerdá, defendióse la guarnición bravamente, pero habiendo muerto de un cañonazo el gobernador don Pedro Valenzuela, tuvo que entregarse capitulando. A la entrega de esta plaza siguió la de Villafranca, Urgel y algunas otras fortalezas interiores. Y en verdad, lo extraño es que no nos arrebataran mas poblaciones y mas aprisa, pues aunque el Principado ponía no poco de su parte, formando regulares cuerpos que incomodaban á los franceses, el mal era que distraído el nervio de nuestras tropas en otras partes, no arribaba don Juan á poder reunir un ejército que oponer al de Francia, y se limitaba á observar y contener al enemigo desde Barcelona y sus contornos. Sin embargo, al año siguiente (1655) tomó á Berga y Camprodon. El conde de Merinville, mas activo que el de Conti á quien reemplazó, quiso socorrer á Solsona que tenían sitiada los nuestros, en combinacion con la armada del marqués de Santa Cruz; mas por mucho que apresuró su marcha, hubo de retroceder con noticia que tuvo en el camino de hallarse ya asaltada y dada á saco (7 de diciembre, 1655). Lo demás de esta campaña se redujo á pérdidas recíprocas de algunas plazas y lugares, y á tal ó cual porfiada defensa que de algunas hicieron, los caudillos catalanes sobre todo.

(1) Es de notar la frecuencia con que así la corte de Francia como la de España relevaban los vireyes y generales de Cataluña, lo mismo que los de otras partes en que se estaba haciendo la guerra. A cada paso ocurrían cambios y traslaciones, haciendo venir los de Flandes á Cataluña, mudando los de Cataluña á Flandes, á Italia ó á Portugal, y viceversa. Creemos que no está demás hacer esta observacion á nuestros lectores, ya para que ellos mismos no se confundan, ya para que no extrañen que en un brevísimo espacio de tiempo hablemos de un general ó gobernador como obrando en puntos diferentes y muy apartados.

No con mas energía, antes mucho mas flojamente, continuó haciéndose en las campañas siguientes la guerra, no contando ni uno ni otro ejército con fuerzas bastantes ni para acometer empresa de consideracion, ni para tomar una superioridad decisiva sobre su enemigo, empeñadas las fuerzas principales y empleados los generales de mas nombre y reputacion, así de España como de Francia, en las guerras de Italia, y mas especialmente de Flandes, y no poco distraidas además las nuestras en Portugal. A Flandes fué tambien destinado por este tiempo don Juan de Austria, como en el anterior capítulo hemos visto: nueva razon para que en Cataluña aflojaran las operaciones militares, hasta que por último, vuelto el cargo del vireinato al ilustre marqués de Mortara, tomaron aquellas mas animacion, conociéndose las manos en que el gobierno de las armas habia nuevamente entrado.

Ahuyentó, pues, el de Mortara del Ampurdan á los franceses, y dominó todo aquel país á excepcion de Rosas (1657). En cambio el general francés duque de Candale y don José Margarit entraron en Blanes y en muchos lugares de aquella comarca, y se corrieron con no poca audacia al llano de Barcelona. Pero Blanes fué recobrada por un golpe de catalanes de los que militaban en las banderas de Castilla, y el fuerte de Castellfolit fué comprado por dinero al gobernador francés. Quiso recobrarle el de Candale y castigar al infiel gobernador, pero el intento le costó mucha gente, porque al paso del Fluviá le arremetió el de Mortara con el grueso de la suya, obligándole además á arrojar al rio algunos cañones. Otro recio combate hubo á una legua de Camprodon, entre españoles y franceses, en que fueron estos derrotados, cayendo de sus resultas Camprodon en poder del caudillo español don Próspero de Tuttavilla (1658). Sitiada á su vez esta plaza por los franceses, y marchando á socorrerla el marqués de Mortara, se empeñó una reñidísima batalla á las orillas del Ter, en la cual el maestre de campo don Diego Caballero de Illescas, esguazando el rio, y cogiendo al enemigo por la espalda, y arremetiéndole espada en mano y entrando en sus cuarteles á degüello, hizo en él tal destrozo, que bien puede decirse se le debió á él una de las acciones mas gloriosas que se dieron en el Principado. Y tambien puede contarse la última que merezca mención en aquella guerra.

Porque ya ni la Francia ponía gran conato en dominar aquel país, desesperanzada de conseguirlo teniendo contra sí los naturales, ni España temía ya perderle teniéndolos en su favor, y en lugar de enviar mas refuerzos sacaba de allí los que podía para destinarlos á Portugal, que era entonces donde andaba mas comprometido el honor de Castilla. Y así ambas naciones se limitaron á pequeños encuentros en aquellas partes, arrastrándose aquella larga y pesada guerra, hasta el grande acontecimiento que á la sazón se preparaba, y que habia de decidir de la suerte futura de todos los países por ellas disputados.

CAPÍTULO XV

Portugal y Castilla

DE 1648 Á 1659

El marqués de Leganés ataca á Olivenza y se retira.—Disputanse portugueses y holandeses las posesiones de la India.—El duque de San German, capitán general de Extremadura.—Conspiracion para asesinar al rey de España.—Es descubierta y llevados al suplicio los conjurados.—Muerte del príncipe don Teodosio.—Conjuracion en Portugal para entregar el reino á los españoles.—Castigo de los conspiradores.—Muerte del rey don Juan IV.—Sucesion de Alfonso VI.—Regencia de la reina madre.—Comienza con vigor la guerra.—Conquista el de San German la plaza de Olivenza.—Plan desacertado del general portugués, conde de San Lorenzo.—Emprende Vasconcellos el sitio de Badajoz.—Marcha del ministro don Luis de Haro á Extremadura.—Retíranse de Badajoz los portugueses.—Don Luis de Haro entra en Portugal y sitia la plaza de Elvas.—Acométele el portugués conde de Castañeda.—Vergonzosa derrota del ejército español.—El de Haro es llamado á la corte.—Guerra de Portugal por la frontera de Galicia.—Progresos del marqués de Viana.—Cesan temporalmente las hostilidades.—Quédase la guerra en tal estado hasta las paces de Francia y España.

Que en la frontera de Portugal era donde andaba mas comprometida la honra de Castilla decíamos al final del anterior

capítulo, y era una triste verdad: como eran una triste verdad también las palabras con que terminamos en nuestro capítulo XI la relación de los sucesos de aquel reino, á saber: que ofrecía España un cuadro lastimoso de su impotencia al ver que á los siete años de hecha la revolución de Portugal y de otros tantos de guerra, nada se había podido recobrar, y la lucha no pasaba de correrías miserables, que solo producían la destrucción de las poblaciones y campañas fronterizas de ambos pueblos.

En 1648 se quiso darle mas impulso y hacerla con mas vigor. Se aumentaron las fuerzas de aquella parte y se hicieron sacrificios de dinero. Pero el nombramiento del marqués de Leganés para mandar las armas no satisfizo, porque ni la reputación le abonaba lo bastante, ni la mala fortuna que en otras partes había tenido le recomendaba. Así fué que habiendo emprendido con once mil hombres el sitio de Olivenza, y habiendo tomado ya dos baluartes y aun penetrado en la ciudad, el gobernador don Juan de Meneses los volvió á arrojar de los baluartes, los obligó á retirarse y á abandonar la empresa, volviéndose el de Leganés á Badajoz. Disidencias que surgieron entre los generales portugueses hicieron suspender por su parte las operaciones; y sin embargo no vemos que el de Leganés se aprovechara de aquellas discordias, ni hiciera nada de lo que la reputación de un general español y el honor de las armas castellanas exigían.

La devolución de las plazas y posesiones portuguesas de la India que los holandeses habían tomado durante la unión de Portugal con España, fué cuestión que, no dirimida por las reclamaciones diplomáticas, produjo una especie de guerra marítima entre aquellas dos naciones. Los holandeses iban siendo arrojados de los puntos que ocupaban en el Brasil; toda la costa austral volvió á entrar bajo la dominación portuguesa, al mismo tiempo que en las Indias el virey don Felipe de Mascareñas triunfaba también de las escuadras y de las tropas de la república.

Nombrado en 1649 por el gobierno de Madrid el duque de San German don Francisco de Tuttavilla general de la provincia de Extremadura, entró en Portugal á demoler todos los fuertes que los portugueses habían levantado cerca de Olivenza, y lo ejecutó sin tener apenas que combatir. Lo demás de la campaña se redujo, como antes, á entradas, saqueos y devastaciones, que no daban otro fruto que acabar de encender el odio entre los dos pueblos. Lo que sucedió al gobernador de Chaves, que cuando volvía del territorio español cargado de botín, fué despedazado por un destacamento de Castilla, era un acacimiento casi ordinario, ya en españoles, ya en portugueses. El infante don Teodosio de Portugal, joven de diez y siete años, pero ardoroso y vivo, viendo los pocos progresos que por aquella parte hacía la guerra, se fué sin licencia de su padre á la provincia de Alentejo (1651) para animar con su presencia la tropa y ansioso de dar pruebas de valor personal. Pero llamado por su padre, y recibido con desabrimiento, el pundonoroso joven enfermó de disgusto y de allí á algun tiempo murió, sentido y llorado de la nación portuguesa.

Este príncipe había sido objeto de una conspiración tramada entre portugueses y españoles, que tenía por designio casarle con la infanta doña María Teresa de Castilla, única hija que había quedado al rey Felipe IV de la reina Isabel de Borbon, y como tal heredera de la corona. El plan no podía ser mas magnífico, ni mas conveniente á los intereses de los dos pueblos, porque siendo los dos príncipes los sucesores al trono de su respectiva nación, era la manera de unir otra vez ambas naciones bajo un mismo cetro, sin menoscabo de la dignidad de cada uno, que había sido en otro tiempo el pensamiento de los Reyes Católicos, y el único que sin turbulencias ni guerras pudiera y esperamos que habrá de formar un día de dos vecinos pueblos y por tantos siglos hermanos un solo cuerpo de nación. Y si el proyecto merecía el título de horrible y de infame que le da uno de nuestros historiadores (1), es porque parece que iba acompañado del de quitar la vida al rey cuando estuviera de caza, pues no podía realizarse viviendo Felipe

(1) El señor Sabau y Blanco, en sus Tablas cronológicas, reinado de Felipe IV.

y dando lugar á que tuviera nueva sucesión si pasaba á segundas nupcias, como ya entonces se trataba, y se verificó despues. Entraron en este plan don Carlos Padilla, maestre de campo que había sido en Cataluña, don Rodrigo de Silva, duque de Híjar, don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra, Domingo Cabral, y otras personas de menos consideración. Descubrióse todo por una carta del Padilla á su hermano don Juan, prendióse á todos, se les formó proceso, se dió tormento á algunos, y convencidos del hecho, don Pedro de Silva y don Carlos Padilla fueron degollados en la plaza mayor de Madrid (1648); Domingo Cabral murió en la cárcel, y el duque de Híjar, que era de los mas culpados, fué condenado solamente á cárcel perpetua y á diez mil ducados de multa; los demás cómplices sufrieron otros menores castigos (2). El rey don Juan IV de Portugal quedó receloso y resentido de su hijo, y por eso le trató con aquella aspereza cuando le hizo retirar del Alentejo.

A su vez y á los pocos años (1653) se formó contra el monarca portugués y en su reino mismo otra conjuración, encaminada nada menos que á entregar aquel reino á los españoles: era el principal autor de ella el obispo de Coimbra, uno de sus primeros ministros. También esta fué descubierta por uno de aquellos incidentes que hicieron dar al rey el nombre de afortunado. Los delinquentes sufrieron el último suplicio, y el prelado, sin duda por consideración á su dignidad, fué solo condenado, como el duque de Híjar, á prisión (3).

La especie de inacción, parecida á vergonzante tregua, que en estos años se observaba de un lado y de otro de la frontera de Portugal, hacía perder mucho al uno y al otro soberano en la estimación de sus pueblos. La corte de Madrid se disculpaba con que sujeta la Cataluña le sería fácil recobrar aquel reino; pero es lo cierto que se la veía aflojar alternativamente en una parte para atender á la otra. El portugués era ya reconvenido por los mismos príncipes de quienes solicitaba amistad y auxilio, y solo se notaba actividad en la lucha que traía con los holandeses en Ceylan y en el Brasil. Aun así, y á pesar de los heroicos esfuerzos del gobernador Coutiño, tuvo la desgracia de perder la isla de Ceylan (mayo, 1656), que pasó definitivamente al dominio de los holandeses.

En este estado y muy quebrantada ya la salud de don Juan IV de Braganza, fuéronle abandonando las fuerzas, y apoderándose de él un mal que le llevó al sepulcro á los cincuenta y tres años de su edad (6 de noviembre, 1656), y á los diez y seis de un reinado en lo general glorioso. Heredóle su hijo mayor con el nombre de Alfonso VI, príncipe de solos trece años, de violento genio y aviesas costumbres, tanto como de escaso talento para el gobierno del estado. Pero la reina madre, que quedó nombrada regente del reino, sabía suplir con su prudencia la falta de cualidades del hijo, y los grandes experimentaron pronto que ante la firmeza y la grandeza de alma de la reina regente, que nuestros lectores no habrán olvidado que era española, se estrellaba el ímpetu de sus intrigas y de sus ambiciones.

Puede decirse que la verdadera guerra contra Portugal no se hizo con calor hasta el año siguiente á la muerte del rey; es decir, en la peor ocasión posible, despues de haber dejado pasar diez y siete años, no ya en la inercia, que menos malo hubiera sido esto, sino en continuas aunque pequeñas escaramuzas y en asoladoras correrías, que no daban otro resultado que enconar mas cada día los odios de los dos pueblos, acostumbrar á los portugueses al ejercicio de las armas, darles tiempo para organizar sus fuerzas, al pueblo para habituarse al gobierno del nuevo soberano, y al monarca para consolidar su trono. Y aun ahora la provocación vino de Portugal, haciendo la reina abrir la campaña con mucha arrogancia y con desprecio de las muchas fuerzas que á la sazón teníamos en la frontera. Entonces el gobernador de Extremadura duque de San German tuvo orden de tomar con vigor la ofensiva, y

(2) Passarello: *Bellum Lusitanum*, lib. V.—Laclede: Historia general de Portugal.—Faria y Sousa: Epítome de Historias portuguesas, parte IV.

(3) Passarello: *Bellum Lusitanum*, lib. V.—Laclede: Historia general de Portugal, tomo VIII.—Vivanco: Hist. de Felipe IV, MS.

preparadas todas las cosas la comenzó por el sitio de Olivenza (abril, 1657), tantas veces ya en los años anteriores infructuosamente sitiada. Allí envió la reina de Portugal al conde de San Lorenzo, que salió de Elvas con diez mil infantes y dos mil caballos, y habiéndosele reunido otros dos mil juntó un ejército igual al de Castilla.

Aunque San Lorenzo tenía orden de la reina de no exponer el reino todo al trance de una batalla, llevado de su natural presuntoso é intrépido, se dirigió como á atacar las líneas españolas; y mientras San German ordenaba su gente, prendióse fuego en las barracas y tiendas de los nuestros. Creyeron los portugueses que los castellanos habían quemado su campo para retirarse, y celebrándolo con immoderada é imprudente alegría, corrieron á alcanzarlos en la retirada. Absortos se quedaron al encontrar el ejército formado en batalla, pero el de San German no supo aprovecharse de aquella turbación, y los dejó sentar los reales en posiciones cómodas. A su vez, el general portugués no hizo esfuerzo alguno por socorrer la plaza como lo esperaba el gobernador, y despues de muchos consejos de guerra para determinar lo que había de hacer, resolvió atrincherar su campo frente al de los españoles. Así estuvieron sin moverse ni uno ni otro ejército, hasta que viendo el portugués lo difícil que era forzar nuestras líneas, levantó sigilosamente el campo (15 mayo, 1657), sin que los españoles se apercibieran hasta que ya estuvieron á bastante distancia. Entonces el de San German intimó la rendición en términos fuertes al gobernador Saldaña, pero contestó con la misma entereza que estaba resuelto á perecer antes que rendirse.

Idea extraña fué la del conde de San Lorenzo de ir á atacar á Badajoz mientras el de San German sitiaba á Olivenza. Comenzó el ataque por el fuerte de San Cristóbal, y habiendo hallado por dos veces resistencia se determinó á dar el asalto. Los soldados dejaron á los portugueses poner las escalas y subirlas, y luego los arrojaron al foso, quedando este cubierto de muertos. Atónito y confuso el de San Lorenzo, al ver el resultado de su impremeditada y mal concebida empresa, todo era celebrar consejos de guerra y consultar á la corte, hasta que al fin se decidió á reparar el Guadiana y volverse á animar al gobernador de Olivenza, que falto de municiones se hallaba en peligro de tener que rendirse. Noticiosa la reina de la situación apurada de la plaza, á fin de distraer á los españoles envió á Alfonso Hurtado con cuatro regimientos y seis escuadrones á atacar á Valencia de Alcántara; mas como esta empresa tuviese el mismo resultado que la de Badajoz, se trató de socorrer á Olivenza á toda costa, precisamente cuando el gobernador, desprovisto ya de todo recurso, había pedido capitulación. Transmitidas las condiciones á la reina, se negó á aprobarlas, y ordenó á Saldaña que no las firmase. En su vista convocó este á todos los oficiales, magistrados y vecinos principales de la ciudad. Los militares estaban prontos á obedecer la orden de la reina, mas los habitantes expusieron que no querían sufrir los horrores de un asalto. En su consecuencia se entregó la ciudad á los españoles (30 de mayo, 1657), saliendo la guarnición con los honores de la guerra, y emigrando casi todos los habitantes á otros pueblos por no vivir sujetos á los españoles (1).

Gran consternación causó en Lisboa la pérdida de Olivenza. Con justicia recompensó la reina la lealtad de los habitantes, pero no fué tan justa con el gobernador Saldaña y los oficiales, á quienes encerró en el castillo de Villaviciosa, haciendo trasladar despues al primero á Lisboa, y de allí á las Indias por toda su vida. Que si ellos no habían quizá defendido la plaza como pudieran, mas flojo había andado en no socorrerla, y mas culpable era que todos el general conde de San Lorenzo, á quien sin embargo no quiso que se atribuyera aquella desgracia. El general español, reparadas las fortificaciones, se volvió á Badajoz, á meditar nuevas empresas.

En efecto, no tardó en ponerse en marcha y en embestir el castillo de Mourao (13 de junio, 1657), viejo castillo, pero bien guarnecido, y en que se hallaba un gobernador experto y valeroso, cual era Juan Ferreira de Acuña. También quiso acu-

(1) Passarello: *Bell. Lusitan.* lib. VI.

dir allá el de San Lorenzo, pero impidióle la caballería española el paso del Guadiana, y en tanto que él hacía un rodeo, al segundo asalto que los castellanos dieron á la fortaleza, rindióla Acuña bajo condiciones honrosas para él. Con esto el duque de San German se volvió á Badajoz, donde distribuyó su tropa en cuarteles sin emprender otra expedición en tanto que no mitigaran los calores del estío, fuertes y abrasadores en aquella parte de España. El de San Lorenzo intentaba recobrar á Mourao, y así se lo escribió y propuso á la reina, pero la llegada á Lisboa de don Juan Mendez de Vasconcellos, hábil y valeroso capitán, y á quien el pueblo miraba como el único capaz de reparar las pérdidas y descalabros que acababa de sufrir el reino, produjo cierta mudanza en el espíritu de la corte, y aun en el ánimo de la reina. Leída la carta del de San Lorenzo, hubo sobre ella y sobre su plan diferentes pareceres, ninguno favorable á aquel general ni á su idea, y algunos apuntaron que debía confiarse el mando de las tropas á Vasconcellos, proposición que rehusó el ilustre portugués con noble hidalguía, diciendo que él solamente iría como voluntario á servir bajo las órdenes de San Lorenzo.

Mientras esto se discutía, la reina con gran talento y suma habilidad llamó al conde de San Lorenzo y á don Manuel de Melo, y les dijo que para reparar las pérdidas y tranquilizar la inquietud de sus súbditos había resuelto que el rey se pusiera en persona al frente del ejército, dándole por tenientes á Vasconcellos y á Alburquerque. De esta manera y con una delicadeza á que San Lorenzo no podía decorosamente resistir, ni manifestarse de ella sentido, pasó en realidad el gobierno de las armas portuguesas á manos de Vasconcellos, como el pueblo deseaba. El nuevo jefe, despues de destinar á Sancho Manuel á proteger con cinco regimientos de infantería el país comprendido entre Moura y Estremoz, resolvió la recuperación de Mourao que los nuestros habían fortificado de nuevo. Al efecto salió de Elvas (fines de octubre, 1657), con mas de diez mil hombres, cuando nuestro ejército se hallaba menguado por haber sido destinada una parte de él á Cataluña, que era el mal de nuestra situación tener dos guerras abiertas dentro de la península. Así fué que al cuarto día de embestida la plaza, se rindió por capitulación (30 de octubre), pasando la guarnición á Olivenza. Las lluvias de la estación hicieron suspender á todos las hostilidades, y Vasconcellos se retiró á Lisboa á preparar el plan de la siguiente campaña (2).

Era la reina, doña Luisa de Guzman, de genio ardiente y vivo, y para volver por la honra de la nación y de las armas portuguesas que creía mancillada con la pérdida de Olivenza, mandó á Vasconcellos que tomara con todo vigor la ofensiva contra los castellanos. Ofrecióle Vasconcellos apoderarse de Badajoz, pensamiento que fué aprobado por todo el consejo de guerra, á excepcion del conde de Sabugal que opinaba no tener el reino fuerzas suficientes para tamaña empresa, y aconsejaba otra en su opinión mas realizable y mas útil, pero prevaleció el dictamen de Vasconcellos, y se preparó todo con gran secreto, mas no tanto que no sospechase el conde de San German el verdadero objeto de los preparativos. Surtió de vivéres la plaza, y lo comunicó á la corte. Parecióle al ministro don Luis de Haro tan increíble que le contestó como burlándose: «Estad tranquilo por esta parte, que no están los portugueses para pensar en poner sitio á Badajoz, y procurad servirlos de espías mas fieles.» Verdad es que los mismos portugueses lo miraron como una temeridad, y así se lo expusieron á la reina los oficiales del ejército por conducto de don Luis de Meneses: pero amiga la reina de resoluciones atrevidas y difíciles, desestimó toda reflexión y mandó llevar adelante el proyecto.

Partió pues de la plaza de Elvas el ejército, compuesto de diez y siete mil hombres, veinte cañones y dos morteros (12 de junio, 1658). El entusiasmo de los portugueses por su reina los hacía ir alegres, y muchos hidalgos y señores principales se agregaron voluntariamente á sus filas. El 13 de junio se acercó la caballería hasta dar vista á Badajoz; salió la de

(2) Laclede: Hist. general de Portugal, tom. IX.